

mal fundados? No, el preámbulo de Mr. Ferrand, no es la espresion de la voluntad del rey, digámoslo francamente, el ministro ha sustituido la acrimonia de sus sentimientos particulares á los sentimientos del monarca.

«Pero ya es demastado, señores, el insistir en el discurso de Mr. Ferrand. Al presentaros las reflexiones de vuestra comision, he hecho cuanto de mí ha dependido para conciliar los miramientos debidos al carácter del ministro de Estado, con la voluntad firme y formalmente espresada por vosotros, á quienes algunos queriais pedir la supresion de un discurso tan amenazador para la seguridad pública.»

La discusion fué agresiva por parte de los emigrados, y dura y cruel por parte de los hombres de la revolucion; los primeros disputaban el derecho á la patria; los otros las indemnizaciones y los consuelos á la desgracia. Todo iba envenenándose, cuando un hombre que templaba siempre la justicia con el sentimiento, cuyo corazon engrandecia su talento, Mr. Lainé, levantándose de la silla de la presidencia con la emocion de un hombre honrado, subió á la tribuna y exclamó con la imparcialidad de la historia. «Vuestra comision al negarse á reconocer hasta el derecho de indemnizacion y de reparacion ¿Cree añadir algo á la tranquilidad de los compradores? Seguros ya por el tiempo, por una larga posesion, todavía mas por la palabra real, ¿no lo están por la Carta constitucional que por decirlo así ha prestado sus términos de la religion al decir que las propiedades en otro tiempo nacionales serian en adelante inviolables y sagradas? ... ¿Queréis ahora prohibiros de antemano, y privar á vuestros sucesores de la posibilidad de ser justos, del derecho de ser caritativos? ¿Por qué la mayor parte de vosotros, pues creo leer en vuestros corazones os habeis negado á esa módica indemnizacion, último sosten de los desgraciados que han vuelto á entrar en su patria y que hasta este día han sido sostenidos por el extranjero? No ha sido mas que

en consideracion á la indigencia del pais. Pues bien, si nuestra patria llega algun dia á un estado mas próspero, la union de los franceses, los progresos de la industria, ¿cómo es posible que esa numerosa clase de hombres que han creido defender á su patria y á su príncipe dejasen de encontrar algun socorro? En esta misma tribuna ha pronunciado alguno ayer el siniestro augurio de una guerra posible. Si alguna vez nos atacan los enemigos, los emigrados se reunirán con nosotros, como sus hijos con los nuestros para defender el territorio amenazado; y sin embargo, la mayor parte de ellos, á quienes nada quiere darse, no tendrían que defender mas que á su rey y á los compradores de sus propios bienes. Despues de haber combatido, despues de haber derramado su sangre por su rey, por su patria, por los nuevos propietarios, no os pedirán nada, sin duda alguna; pero si juzgais á propósito la causa de su indigencia y de su desgracia, escuchad la voz del reconocimiento y de la humanidad ¿podriais escuchar en la ley una declaracion, que os prohibiese á vosotros mismos y á vuestros sucesores esos sentimientos? No, señores, no temo que la asamblea haya agotado en lo presente, y mucho menos para el porvenir, los tesoros de la justicia, y aun, me atreveré á decirlo, los tesoros de la misericordia nacional.»

Estas palabras restablecieron por un momento la serenidad en las almas con la justicia y la piedad. La elocuencia habia hecho desaparecer todo el peso del odio; toda la Cámara se levantó aliviada de aquellas controversias y votó casi por unanimidad aquel acto á que monsieur Lainé habia restituido su carácter, la magnanimidad.

XXXIV.

El mariscal Macdonald, el mas fiel y el mas independiente de los generales de la república y de los te-

nientes del emperador, fué mas lejos en la Cámara de los pares. Fué el primero que concibió el pensamiento y tuvo la valentía de proponer una gran medida de reparación, que estinguiese para siempre aquella guerra civil de las propiedades entre los franceses de las dos fechas. Su opinion meditada y escrita de concierto con los realistas políticos y previsores de las dos Cámaras, ensanchó el horizonte de la indemnización que Mr. Lainé habia iluminado como un relámpago. «Los fieles defensores de la monarquía, vuelven á presentarse entre vosotros, dijo el mariscal, protegidos por la ancianidad y la desgracia; son una especie de cruzados que han seguido el oriflama á tierra extranjera y nos cuentan esas largas vicisitudes y esas tempestades que les han arrojado al puerto á donde nunca creyeron abordar. ¿Quién de nosotros podria abstenerse de alargales la mano en señal de tierna amistad?...

«Pero cuántas mudanzas se han efectuado en esa Francia por tan largo tiempo deseada! ¡Cuántas destrucciones se han consumado! ¡Cuántos monumentos destruidos, cuántos otros elevados sobre sus ruinas! ¡Cuántos sueños dorados desvanecidos en un solo día despues de haber sido por tantas noches los consuelos del destierro! Examinemos nuestros corazones, señores, para juzgar á nuestros semejantes. Coloquémonos con el pensamiento en la posición que yo describo, y en vez de participar de las quejas vulgares sobre la acogida de unos hermanos que hemos vuelto á recobrar, reconozcamos á unos franceses por la calma y el desinterés de la mayor parte de ellos y por la nobleza de su actitud.

«¿Importa á la tranquilidad pública que la varíen? Entonces es necesario variar las relaciones de otro modo, nuestros campos estarian sembrados de agitaciones secretas indeterminadas para los que las experimentasen ó involuntarias para los que fuesen la causa. El regreso de una sola familia desterrada será en una comarca objeto de

la curiosidad y de las conversaciones domésticas. Al día siguiente llegará á ser motivo de afecciones de algunas, y al inmediato el de alarma de otros muchos. Las narraciones y las suposiciones correrán de boca en boca. Una vez puestos en juego los intereses de la propiedad y de la estimación pública se hablará á las pasiones, entrarán en efervescencia cuando un anciano eche una dolorosa mirada sobre su antiguo patrimonio, ó bien aparente apartar la vista de él. En este cuadro, señores, ya lo veis, no escito ni las imprudencias ni las provocaciones. No supongo ni resentimientos ni temores en su origen, pero establezco que unos y otros nacerán por un hecho que está fuera de la autoridad del rey y de la vuestra.

«Sostengo que este hecho, tendrá, si no las tiene ya, las consecuencias mas desastrosas para la tranquilidad pública; ahora bien, como este hecho (la existencia de los antiguos propietarios á presencia de los compradores de sus bienes) no puede ni debe cesar de ser, deduzco naturalmente la consecuencia de que es preciso zanjear la dificultad en vez de intentar vanamente vencerla y cambiar el estado presente por otro nuevo; en una palabra, atreverse á dar á conocer el abismo abierto ante nosotros, atravesarle y lanzarnos armados con toda la generosidad, todos los recursos de la nacion en un amplio sistema de indemnizaciones. Si es posible será adoptado; tengo para ello por garantes el corazon del rey, los naestros, los de todos los franceses, y la única gloria que nos queda que contestar, la union entre todos los ciudadanos.

«..... No temo proclamarlo, yo no encuentro nada en el proyecto de ley, que tienda á borrar el recuerdo de aquellas calamidades que han conmovido la sociedad, diseminado las familias; cambiadas las propiedades esperaron los franceses hasta el carácter nacional. No, señores. El proyecto de ley no llena este objeto tan deseado, y si me es lícito espresarme con la franqueza de un soldado, las discusiones provocadas en la Cámara de los

diputados y que han resonado en toda la Francia, nos han alejado de él. ¿Qué debía hacerse, por el contrario, para aproximarnos? Dos operaciones bien distintas: por la primera, devolver á las familias que han sufrido el secuestro ó la confiscacion todos los bienes raices que existen en manos del gobierno; esta medida resulta de la ley. Para obtenerla no era necesario discusiones declamatorias, la justicia hablaba por sí sola. La segunda ni aun siquiera ha sido indicada en el proyecto de ley, pero se espera de vuestra sabiduría. La humanidad, la justicia, la salvacion de la Francia y el deseo de su rey exigen que se cicatricen todas esas llagas; han vuelto á abrirse por discursos imprudentes. Si muchos millones de compradores de bienes nacionales están inquietos por la direccion que algunos individuos tratan de dar á la opinion pública y se regocijan de sus alarmas; abrigan la quimérica esperanza de que temores hábilmente infundidos en los ánimos tendrian de nuevo los despojos contra los cuales se hubiera estrellado todo el poder del gobierno mas fuerte de que hasta ahora haya hecho mencion la historia ¿y qué tos espectadores de su rápida caída están aun estupefactos para no haber meditado sobre sus causas? ¿Ignoran acaso que ni las constituciones, ni las leyes, ni los años, no defienden á los gobiernos contra la masa de los intereses sociales? Ignoran que cuando esos intereses se hallan en un peligro inminente al primero que alcanzan es al gobierno...

«Lejos de mí la idea de concurrir á aumentar las cargas públicas para satisfacer á disposiciones de una proporcion mas elevada. Puedo asegurar, sin temor de ser desmentido, que soy aquí el intérprete de mis compañeros de armas: todos reclamarán conmigo vuestra justicia para los derechos y necesidades de esos valientes; pero ninguno solicitará que vuelvan esas munificencias, cuya duracion ha amenazado su mismo exceso. No pertenecerian á nosotros los recuerdos de la pasada fortuna. Sere-

mos felices cuando el rey y cuando sus compañeros de desgracia, sean defendidos aqui por su respetable gefe: cuando los que han padecido nuestros largos y memorables trabajos, no tengan deseos que formar, ni privaciones que sufrir: seremos dichosos tanto como somos fieles y adictos, cuando los hombres encanecidos en el arte de la guerra, se asocien á la gloria que hemos conservado á sus banderas; cuando podamos estrecharlos en nuestros brazos como á nuestros padres de quienes hemos sido dignos discipulos: y cuando tranquilas nuestras provincias y libres nuestras ciudades de toda especie de disensiones políticas, no presenten á las miradas del rey, mas que franceses satisfechos de lo presente, que han olvidado lo pasado, y ricos para el porvenir, tales son, señores, nuestros mas fervientes votos: vosotros participais tambien de ellos indudablemente, y con esta seguridad me he atrevido á ocuparme de un trabajo que me es enteramente extraño.

«Y si despues de prestar á este lijero bosquejo el apoyo de vuestras luces, le haceis digno de llegar á ser el objeto de una proposicion al rey, merecereis eternamente la gratitud nacional, por haber contribuido á la alianza inseparable de la gloria con los mas nobles infortunios, de la justicia con la generosidad, y de la paz pública con la felicidad del monarca.»

La proposicion del mariscal Macdonald, aprobada unánimemente por la Cámara alta, recibió muchos aplausos, pero no produjo ningun voto. Era una tentativa sobre la opinion. El mariscal solo queria presentarla á la meditacion de los partidos, como un germen de paz que debia madurar. La ley fué votada como una tendencia á una indemnizacion mas completa.

Aquella discusion habia tranquilizado por un momento la animacion que renaciera entre los hombres del destierro y los de la revolucion: una circunstancia accidental, volvió á encender inopinadamente aquel fuego. Confundió en una misma causa la República y el Imperio, la oposicion revolucionaria y la oposicion bonapartista, las susceptibilidades de la gloria y la irritacion de la libertad. Fué el primer síntoma de esa fusion, que un odio comun iba á efectuar entre los liberales y bonapartistas. Un guerrero leal, intrépido, cuyo nombre era querido al ejército y al pueblo, y que se habia hecho ilustre con recientes proezas, fué la causa involuntaria: hablamos del general Excelmans.

Este general habia sido compañero de armas y caballero mayor del rey de Nápoles, Murat. Fiel á la amistad y al reconocimiento, el general, que se encontraba entonces en París, escribió sin ninguna intencion hostil contra los Borbones, una carta de congratulacion á su antiguo amigo por la conservacion de su trono. Aquella carta, que manifestaba sentimientos no de odio al nuevo gobierno, sino de un pesar muy natural por un pasado tan grato á los soldados, fué interceptada á un viagero, y Mr. de Blacas la entregó al rey. El monarca no vió en ella mas que el inconveniente de una correspondencia secreta de un oficial superior con un rey estrangero enemigo de su casa, y no acriminó aquella lijereza mas de lo que merecia la falta. Solo encargó al general Dupont ministro de la Guerra, que recomendase al general Excelmans, que en lo sucesivo tuviese mas reserva en sus relaciones. Aquel negocio quedó concluido al parecer con semejante indulgencia, y conmovió el tierno y generoso corazon del general.

Mas algunos dias despues, el mariscal Soult, que por su victoria de Tolosa, su autoridad en el ejército y su repentina y estrepitosa adhesion á la nueva corte habia llamado la atencion del rey, fué nombrado ministro de la Guerra y quiso imprimir en el ejército, con un ejemplar, el vigor de su mano, y la severidad de su disciplina. Esperó poder introducir el espíritu de los campamentos en la administracion militar, y enseñar á los generales que no habia constitucion ante el cetro y ante su espada. Desterró de su propia autoridad ministerial á una ciudad de departamento al general Excelmans. Este en un principio no resistió con insubordinacion. Se contentó con representar al rey, y al ministro, que no tenia mas residencia que París ó los campamentos, que su esposa estaba próxima al parto y no podia seguirle, y concluia pidiendo algunos dias para obedecer la órden de destierro. Aquella reclamacion respetuosa, en que el mariscal Soult enriquecido por la guerra, habia visto alusiones ofensivas á su persona, por la misma afectacion con que el general Excelmans hacia resaltar su pobreza, irritó mas al ministro. No quiso que aquella tentativa de resistencia á una órden arbitraria quedase impune, y alentase á otros en el ejército. Mandó al general Maison, gobernador de París, que arrestase á Excelmans: Maison obedeció. Excelmans cerró su puerta, desafió á los soldados enviados para forzar su morada, se armó con la ley y con su espada, y declaró que haria fuego con sus pistolas al primer oficial ó soldado que se le aproximase. El destacamento de tropa y de gendarmes enviado para prenderle, titubeó al ver la temeraria intrepidez de un hombre, amado y célebre por su valor. Excelmans, atravesando las filas fué á refugiarse en casa de un amigo suyo, y á arrostrar desde allí el descontento de la corte.

El acto de aquel Siduey militar, conmovió á París y á la Francia. Escribió á la Cámara de los diputados, po-

niendo su persona amenazada, su domicilio allanado, y su esposa custodiada por soldados, bajo la proteccion de la ley y de los diputados del pais. Aquel fué el primer llamamiento á la constitucion. La opiaion contestó á él con entusiasmo, la Cámara con debilidad. La costumbre del servilismo contraidá por los diputados en tiempo del Imperio, los hacia vacilar todavia en reconocer y ejercer unos derechos en oposicion con la voluntad de la córte. Un cuerpo que ha servido al despotismo, no es á propósito para inaugurar la libertad: los actos pasados son un cargo para su independecia presente: recuerda demasiado la subordinacion para elevarse á la dignidad. Tal era aquel cuerpo legislativo imperial, mal colocado en una monarquía representativa. El rey le despreciaba, los realistas le aborrecian, y los liberales no tenian ninguna confianza en él. Gastado aun antes de nacer, fué disuelto en noviembre de 1814, y prorogado hasta el mes de mayo de 1815. La nacion, mas atenta á la córte que al parlamento, no hizo el menor caso de aquel interregno de su representacion.

XXXVI.

Mientras aquella legislatura trascurria y se terminaba en medio de la indiferencia pública, Luis XVIII restablecia el esplendor tradicional de la antigua córte. Acababa de borrar con magnanimidad lo pasado, y de conceder la amnistia hasta á la familia real restituyendo al duque de Orleans, hijo de Luis Felipe, Igualdad, los inmensos bienes de su casa incorporados al patrimonio de la corona, mas cuidadoso en aumentar las dotaciones y la pompa de la casa real, que en prevenir las rivalidades del trono. El genio del duque de Orleans, flexible para la córte, y acariciador para la popularidad, su

origen, la complicidad de su nombre en los actos mas reprobados de la revolucion, sus relaciones fácilmente anudadas con los amigos de su padre que aun existian, el peligro de añadir á todos aquellos medios de candidatura á la corona aquella omnipotencia de corrupcion y de clientela que un príncipe ambicioso encuentra en unos bienes desmesurados, no contuvieron á Luis XVIII. Creía en la sinceridad y en el arrepentimiento del duque de Orleans. Se acordaba del homenaje que aquel príncipe habia ido á prestar en Lóndres á la rama primogénita, y del retiro con que vivia en Twykenham, á orillas del Támesis. Pensaba que un hombre de aquel nombre y de aquel carácter, jamás seria peligroso en Francia durante su reinado, que su mismo nombre le abrumaria, y que le llevaria en la oscuridad de un padre de familia, entre las reconcenciones de los realistas, y la desconfianza de los republicanos. Sus hijos, despues de su muerte partirian s. herencia, y aquella fortuna, distribuida en muchas porciones, dejaria de ser peligrosa para la corona. Pero el duque de Orleans, en cuanto llegó á Francia, desmintió aquellas previsiones del rey. Habia desempeñado sobre los demas príncipes de la familia real y de la casa de Condé, el doble papel que le asignaban su nombre y su situacion. Príncipe en las Tullerías gozando del respeto que su sangre real le aseguraba, hombre popular en el palacio real, apoderándose de las preferencias de la opinion que por instinto se dirigian hácia él; reservado en su conducta, cortesano del rey, y sobre todo de la opinion liberal, esplicándose siempre con medias palabras, pero dejando entrever y penetrar en sus reticencias, un secreto desprecio hácia la córte, y un gran recuerdo en todo lo que pertenecia á la revolucion, asociándose con una hábil adulacion á los pesares y á la gloria del ejército, eligiendo los gefes de su guardia entre los generales jóvenes de Napoleon, su sociedad íntima con los escritores y oradores de la libertad, irrepren-

sible en la apariencia para la corte, gracioso y atractivo para la oposicion naciente, parecia que la fomentaba en el mismo palacio de Orleans, cuna de la revolucion.

XXXVII.

Los demas principes recorrian la Francia para mostrarse al ejército y al pueblo, y recogian al paso el entusiasmo de la ancianidad emigrada y de la joven nobleza realista. El duque y la duquesa de Angulema estaban en Burdeos. Llevaban á aquella ciudad, la primera que habia enarbolado el pendon de su causa antes de la capitulacion de Paris, el reconocimiento de su familia. Atravesaron rápidamente la Vendée por entre aquellas heroicas poblaciones, que se ponian en pie, para saludar á la hija de Luis XVI. El respeto que aquella infortunada princesa inspiraba en aquellas comarcas, participaba mas del culto que del realismo: el martirio del padre habia divinizado á la hija. Timida y silenciosa, la duquesa no se espresaba mas que con lágrimas, reprimia como una debilidad de su rango todo impulso de sensibilidad en público, y agradaba sin seducir. Su marido, príncipe medesto y estudioso, pero desprovisto de esos dones que popularizan á los herederos del trono, no prometia al pais mas que la sabiduría y la meditacion. Aquellas virtudes sin esplendor, no le grangearon mas que aprecio, pero jamás pasion. Sin embargo, su modestia agradaba al ejército. Le hablaba con ese serio respeto que realza á unas tropas humilladas por los reveses. En presencia de los oficiales se conducia como un hombre que vá á recibir lecciones, no á dárselas á los maestros de la guerra, y que desea ser adoptado por unos valientes desgraciados.

El duque de Berry, príncipe mas turbulento, recor-

daba la juventud de Carlos II, sin poseer su gracia ni su atractivo. Afectaba al frente de las tropas las maneras y el tono del emperador, sus familiaridades con el soldado y sus rudezas con los generales. Creia adular al ejército tomando sus defectos por modelo y por gloria. Se habia rodeado de los oficiales mas calaveras é insolentes del estado mayor de Napoleon, mezclados con algunos amigos de su infancia, que habian vuelto con él de la emigracion. Palabras poco comedidas, escenas violentas, gestos bruscos y frecuentemente ofensivos, revistas continuamente pasadas con la severidad de un discipulo de Federico II y con el desprecio de un antiguo soldado hácia las tropas nuevas, ocurrencias mas brutales que soldadescas, conducta muy lijera, amorios que se perdonan á los Enrique IV, pero que se vituperan en los principes en quienes la gloria no encubre las debilidades, y una agitacion perpétua sin mas objeto que llamar la atencion pública, hacian á aquel príncipe, aunque bueno, valiente y generoso, un motivo de burla, de antipatia popular, y de desafeccion militar, entre la opinion pública y los Borbones. Sin embargo, tenia virtudes, talento pronto, el valor de sus abuelos, pasion á la gloria, la franqueza del soldado, la reparacion magnánima y espontánea de las ofensas que habia hecho, la fidelidad en la amistad, la prodigalidad en el amor, y gusto é inteligencia en las artes: habria agradado á los franceses si no se hubiese apresurado tanto en agrandar, y al ejército si no hubiera afectado con tan grande extremo las maneras de soldado. La impaciencia, la brusquedad, su continente ó ademan soldadesco, y la superioridad del rango entre los generales sus maestros, lo echaba á perder todo. Al dia siguiente le era preciso reparar las faltas de la vispera. En cada una de sus visitas á las guarniciones, y de sus revistas en Paris, adquirian nueva impopularidad su casa y su causa.

XXXVIII.

El conde de Artois, padre de aquellos dos príncipes, era ya en París, lo que había sido en Versalles en 1790, y lo que fué en Inglaterra, el cetro y la esperanza de la contrarrevolucion. Rodeado de todo el alto clero, de toda la emigración y de toda la nobleza, era la corte de lo pasado descontenta y exigente, al lado de la corte política y conciliadora de su hermano. Parecía que se preparaba á heredar las faltas que Luis XVIII le dejaría que reparar. Sin embargo, en lo exterior no manifestaba ninguna oposición formal al gobierno. Se había contentado con tener en él un ojo y una mano en la persona de Mr. de Vitrolles, á quien había hecho nombrar secretario de Estado del consejo de ministros. Pero la influencia íntima de Mr. de Blacas, y la exterior de Mr. de Talleyrand, redujeron bien pronto á la nulidad la acción de Mr. Vitrolles en los negocios. Un espíritu censurador, sordas intrigas, relaciones misteriosas con Fouché y Barrás para pedir á la revolución el secreto del espíritu revolucionario, espionajes de alta policía, planes eventuales de gobierno, ligas de periódicos, escitaciones y escritos ultra-realistas, subsidios de corte devorados por escritores adúladores y famélicos, formaban toda la política del hermano del rey. La duquesa de Angulema, que como las mugeres, no tenía mas que instintos por política, se inclinaba á la corte del conde de Artois. Era demasiado piadosa para desear la venganza; pero había sufrido y llorado mucho para no tener un horror secreto á cuanto le recordaba la sangre de su padre y de su madre. Bien quería perdonar á la revolución, pero no quería verla. Compadecía al rey su tío, por verse obligado á valerse de las manos sospechosas ó manchadas á sus ojos, de los hombres de la República y del

Imperio. Comprendía la necesidad, mas no podía aparentar un semblante risueño; refugiábase en la habitación de su suegro el conde de Artois, y cuando se presentaba en la del rey se revestia de su dignidad y de su silencio glacial. Se tomaba por orgullo lo que no era mas que memoria y desolacion. De este modo se enagenaba los corazones, que no tenían la justicia de perdonarla su aversion.

XXXIX.

El anciano principe de Condé vegetaba en el palacio Borbon, en medio de una corte compuesta de antiguos servidores y soldados veteranos de su ejército, que contrastaban con el nuevo, y que conseguían grados, favores y prodigalidades del tesoro. Su hijo, el conde de Borbon, rodeado de algunas señoras y amigos compañeros de su mala suerte, se refugiaba en el palacio de Chantilly, y procuraba distraer sus desgracias, con incesantes cacerías en sus bosques natales.

Se ve pues, que á escepcion del rey, ninguno de aquellos principes de la casa de Borbon que habían vuelto á entrar en Francia, estaba formado por la naturaleza ó por la educación para reconquistar por el ascendiente de la popularidad, el corazón del país. Lo que el duque de Orleans reconquistase en la oscuridad, no sería para los Borbones. Había separado ya su causa de la dinastía: pensaba en un porvenir, pero un porvenir para él solo.

XL.
La Francia sin embargo, no manifestaba ningún desapego á la familia real. Los recientes reveses tenían aba-

tidas las opiniones. Contentábanse todos con respirar un momento entre dos borrascas, ibanse cicatrizando las llagas, descansaban de las agitaciones, plegábanse con facilidad al tiempo, aguardaban buen porvenir, se extasiaban con la idea de una larga paz, y se envejecían con la libertad devuelta á la tribuna, y con la discusión discretamente permitida á los periódicos. Los imperialistas participaban de los empleos de la corte, de los grandes mandos militares, las magistraturas y prefecturas, con los elevados nombres de la antigua nobleza: los republicanos gozaban de la caída de aquella larga tiranía del Cromwell de la libertad francesa, y no exigían de los Borbones mas de lo que republicanos envejecidos pueden exigir á un rey. Los realistas se rodeaban de recuerdos, compases reales, leyendas del *Temple*, de la *Conserjería*, del *cadalso* del rey y de la reina, de ceremonias espatorias consagradas á la memoria de las víctimas de la causa real, Luis XVI, la reina, Luis XVII, madama Isabel, Pichegrú, Moreau, confundidos á propósito en un mismo culto de recuerdos, para que la opinion del pueblo viese partidarios de los Borbones en todos los que habian conspirado contra la tiranía de Napoleon. Exhumábanse del cementerio de la Magdalena, sepultura de los ajusticiados, los restos del rey y de Maria Antonieta, medio consumidos por la cal viva, para hacerles unas exequias régias en San Dionisio. Los generales y mariscales, los dignatarios del Imperio, las corporaciones constituidas, las academias, los escritores y los poetas, se apresuraban á concurrir á aquellas ceremonias, maldecían aquellos crímenes y lavaban de ellos al ejército y la nacion. Lisonjaban con sus imprecaciones y sus lágrimas á una raza real, cuya causa habian olvidado ya hacia veinte y cinco años. Confundíanse en aquellas solemnidades con la antigua aristocracia y la emigración, para confundirse tambien en los favores que eran su premio. Hubiérase dicho que ya no existía en Francia un solo hombre de

aquella nacion, de aquellas asambleas, de aquella República ó de aquel Imperio, que habian visto aquellos tiempos, aquellas guerras, aquellos tribunales y aquellos suplicios. La Francia entera parecia datar del regreso de los Borbones. Los mismos regicidas rechazaban sobre el terror y la calamidad de los tiempos los votos de muerte en el juicio de Luis XVI, ó en el del duque de Enghien que cada uno se afanaba en negar y esplicar á su manera. No se contentaban con la amnistía: aspiraban á las atenciones y favor del rey. Querian forzar la entrada de las Tullerías, para encontrar con los príncipes que habian vuelto á ocupar aquel palacio, el premio de los servicios sospechosos que habian prestado á Napoleon, y de sus complicidades con los nombres mas siniestros de la República.

XLI.

Luis XVIII no tenia mas que moderar el celo de sus antiguos amigos, y la impaciencia de los nuevos: ninguna oposicion tenia que combatir. La única dificultad consistia entonces, en distribuir en su palacio sus sonrisas y sus favores con bastante imparcialidad y medida entre la antigua y la nueva corte, para que el descontento de la vanidad ofendida, no hiciese imprudentemente prevalecer la una sobre la otra, y para que la antigua y la nueva Francia, estuviesen igualmente satisfechas de su acogida, y creyesen que poseian su confianza. Empleaba en eso un arte y una diplomacia consumada. Los hombres nuevos se creían necesarios á su lado, y los antiguos conocían que eran preferidos. Solo las señoras, mas envidiosas que los hombres, se quejaban con amargura, unas de verse confundidas con las adyenedizas de la Revolucion ó del Imperio, y las otras de verse despreciadas por las de la antigua corte. A las primeras les costaba mucho

trabajo el perdonar una restauracion, que las recordaba el poco tiempo que contaban en las filas de la nobleza. Las segundas despreciaban una política que las humillaba, y las recomendaba la igualdad con rivales de títulos y de rangos, que solo reconocia por condescendencia al rey. Todas llevaban á su sociedad los desprecios de su antiguo orgullo, y la cólera de sus humillaciones. La opinion estaba pacificada, la vanidad volvia á crear los partidos.

XLII.

El tratado preliminar de París, no era mas que un bosquejo de la paz general, y el reglamento particular de las relaciones de la Francia con las potencias. Un congreso debia arreglar en Viena las relaciones definitivas de todas las naciones entre sí, y volver á formar, por decirlo así, el mapa de la Europa. Mr. de Talleyrand parecia dispuesto á dejar á otros las responsabilidades y embarazos del gobierno interior que se le escapaba de las manos desde que el rey todo lo abarcaba por medio del imperioso Mr. Blacas, y por el espíritu indolente de monsieur de Montesquion. Partió para Viena. El papel que acababa de representar en la obra de la restauracion, su crédito con el emperador Alejandro, su intimidad con los principales diplomáticos europeos, su gran fama de habilidad, y en fin, la confianza de Luis XVIII, y el mandato de representar ante todos los tronos el derecho, la independencia y la dignidad de aquel trono antiguo, de que los soberanos no podian querer la humillacion, puesto que habian querido su restablecimiento, colocaban á Mr. de Talleyrand en una de las posiciones mas elevadas, en que puede hallarse el plenipotenciario de un pueblo vencido en presencia de sus vencedores. El conocimiento de su carácter, su aficion á la intriga, su ambi-

cion, su nacimiento, sus relaciones de revolucionario con los nuevos principes, de restaurador de la legitimidad con los principes legítimos, la corruptibilidad que se presumia en su carácter, que si no le hacia seducible por el oro de las córtes, le hacia, segun decian, complaciente á sus seducciones, y accesible á sus recompensas en títulos, en posesiones y sueldos para él y para su familia, contribuia á que Mr. Talleyrand fuese en Viena el móvil y el árbitro de aquel manejo europeo. Desde el tiempo de Carlo-Magno, jamás se habia visto la Europa á merced de una reunion de principes y de hombres de Estado. Su dominador estaba abatido. Los restos que habian escapado de sus manos, estaban sobre la mesa del congreso. Un millon de hombres todavia armados estaban prontos para ejecutar sus resoluciones. Las nacionalidades hechas pedazos, y los pueblos que durante la cuarta parte de un siglo habian pasado de una dominacion á otra, aguardaban en silencio su suerte. El congreso podia á su arbitrio restablecer la antigua Europa ó crear otra nueva. El primer partido era evidentemente el mas conforme al espíritu de una liga de principes, armados para protestar contra las convulsiones de una revolucion, y contra las invasiones de una monarquía universal: era mas conforme tambien al interés de aquellos principes que no podian consagrar la legitimidad de su corona, sin consagrar con la misma mano la legitimidad de las nacionalidades. Pero las largas guerras de la República y del Imperio; los tratados separados entre Napoleón y las potencias que habia trastornado; las concesiones de territorio hechas á unas á espensas de las otras; los servicios prestados por Suecia ó por Nápoles que habia que recompensar; las infidelidades de algunas potencias germánicas, como la Sajonia, que habia que castigar; el engrandecimiento de la Rusia que habia que satisfacer en Polonia; los subsidios de la Inglaterra que habia que ir pagando lentamente en el continente ó en los mares, hicieron inclinar

al congreso hácia el segundo partido. Una nueva distribución de territorio, calcada en cuanto fuese posible sobre los límites antiguos, y consagrada por las antiguas soberanías restauradas, pero sin consideraciones ni escrúpulos, las pequeñas potencias ya borradas de la carta, y de los señalamientos de poblaciones ó territorios, arbitrariamente dadas y quitadas á las grandes potencias y á las potencias secundarias, para establecer, no una justicia apoyada en los derechos, sino un equilibrio aproximado, basado en las fronteras naturales y en el cálculo numérico de los súbditos: tal fué el espíritu general del congreso de Viena.

Se ha censurado injustamente á Mr. de Talleyrand, el no haber obtenido para la restauracion mas que su emancipacion, sus límites antiguos y la incorporacion de la Saboya, frontera importante y nueva, que completaba la Francia por el lado de la Suiza y de la Italia. Esta reconvenccion era irrisoria en boca de los bonapartistas, que acababan de capitular en París, y de atraer sobre su patria la invasion de la Europa. ¿Era acaso del derecho de sus perdidas conquistas, de la Francia invadida, del imperio derruido, del territorio agotado de hombres y de oro, de lo que un negociador podia prevalerse en nombre de los Borbones, para reivindicar en nombre de la Francia una parte de los despojos del mundo? ¿Y en virtud de qué derecho, en nombre de que fuerza, hubiera Mr. de Talleyrand, dictado la ley á la Europa victoriosa? El emperador estaba encadenado en la isla de Elba, el ejército habia desaparecido, la Francia exhausta de sangre y la Europa armada é irritada. Era demasiado para la restauracion obtener en nombre de los Borbones, la entrada en el consejo de los soberanos, la discusion libre de sus intereses, la evacuacion de su territorio, la paz sin humillacion, las fronteras de Luis XIV, y ademas una provincia quitada por las potencias á la casa de Saboya para aumentar y fortificar á la Francia. Esta fué la

obra de los Borbones y el mérito de Mr. de Talleyrand. Si los tratados de Viena pesan sobre la Francia, la justicia histórica debe descargar su peso, no en la debilidad de los Borbones, sino en la ambicion del Imperio.

XLIII

El congreso se prolongó todo el invierno de 1814 á 1815. Sus largos debates interiores, no ofrecen ya interés en el día mas que por sus resultados. En medio del concierto general de las potencias aliadas, se suscitaban luchas sordas, repulsas, afinidades y preferencias, que agrupaban á la Europa en alianzas naturales para contrabalancear otras alianzas de situacion. Mr. de Talleyrand, que desde su juventud habia presentido, como Mirabeau, la feliz fatalidad de una alianza de la Francia y de la Inglaterra, para la independenciam del continente, y para la causa del principio creciente de la libertad del mundo, añadió á aquella alianza natural la del Austria, alianza menos indicada y menos permanente para la Francia. El 3 de enero firmó un tratado particular ofensivo y defensivo entre aquellas tres potencias. La condicion secreta de aquel tratado era el destronamiento de Murat y la restitucion del trono de Nápaes á la casa de Borbon, que los ingleses habian sostenido en Sicilia, que el Austria preferia á una soberania napoleónica y guerrera en Italia, y que Luis XVIII, como gefe de la casa de Borbon, debia naturalmente desear en Nápoles como complemento de su propia restauracion. Asegurado con el resultado que fortificaba con un triunfo de familia su crédito en el ánimo de Luis XVIII, Mr. de Talleyrand concedió facilmente la humillacion de la Sajonia, la tercera particion de la Polonia, el aniquilamiento de la confederacion del Rhin, sueño desvanecido con la omnipotencia del Impe-

rio, que era la única que podía darla una sombra de realidad, comprendió con exactitud, que la mas comprometida é ilusoria de las alianzas, seria la liga de la Francia con cinco ó seis pequeñas potencias germánicas, que envolverian sin cesar la política francesa en sus discusiones impotentes entre sí, y con los grandes estados de Alemania, sin poder jamás aprontar una fuerza real y preponderante. Las alianzas solo son dignas entre potencias iguales, y no son útiles mas que con estados importantes. Las demas no son alianzas, sino protecciones onerosas. Mr. de Talleyrand mostró en el desprecio de lo que se llama estados secundarios de Alemania, un golpe de vista superior al vulgo, y el genio reflexivo de un negociador. Su correspondencia con Luis XVIII, durante aquel periodo de su vida, manifiesta la superioridad instintiva y la libertad de su entendimiento.

Todas las cuestiones sometidas al tratado de Viena estaban resueltas. Los soberanos se preparaban á volverse á sus estados y licenciar sus tropas. Las fiestas consumian en Viena los últimos dias del invierno: todo anunciaba al mundo una larga era de paz. Solo Murat temblaba en su trono, y se preparaba en silencio á disputarsele á la Inglaterra, al Austria, y á la casa de Borbon.

LIBRO QUINCE.

enacimiento de la literatura, de la filosofía, de la historia, de la imprenta.—Madama de Staël.—Mr. de Chateaubriand.—Mr. de Bonald.—Mr. de Fontanes.—Mr. de Maistre.—Mr. de Lamennais.—Mr. Cousin.—Los salones de París.—El gabinete del rey.—Mr. de Talleyrand.—Madama de Staël.—Madama de Duras.—Madama de la Tremouille.—Madama de Broglie.—Madama de Saint-Aulaire.—Madama de Montcalm.—Mr. Casimiro Perier.—Mr. Laffite.—Beranger.—Los periódicos.—La reina Hortensia.—Folleto de Carnot.—Cartas de Fouche.—Relaciones de Luis XVIII y de Barrás.

I.

Aquella paz, aunque tan reciente, tan cansada de veinte y cinco años de guerra, y tan cargada de problemas desconocidos y que tenían que resolverse por aquella reconciliacion forzada de la revolucion y de la restauracion, comenzaba á reanimar en Francia el pensamiento, el talento y las artes, sofocadas por el largo despotismo, y que renacian con el mismo soplo de la libertad.

Aquella época era el despertar del espíritu humano. En aquella época de la restauracion, muchos hombres de que vamos á hablar, no habian todavía escrito sus obras, ni conquistado su nombradía. No obstante, no nos limitaremos á la historia literaria de aquel momento: la se-